

do. Imagináos aquella generación trágica, de antiguas iniciaciones en el culto á la política romana, enamoradísima del dogma implacable conocido con la terrible denominación de la Razón de Estado, la cual pide víctimas humanas en continuos holocaustos, como los antiguos dioses antropófagos; imagináos aquella generación singular amenazada por el extranjero, no habrá de maravillaros que creyeran no sólo necesario la matanza y el degüello, santos, más que santos, santísimos, por imponerlos quien merece hasta el sacrificio de nuestra conciencia, la patria. Veamos así qué pasaba en las fronteras con la coalición monárquica, infame sacrificadora de Polonia, mientras dentro de Francia estallaba la segunda revolución.



## CAPÍTULO DÉCIMO-SEXTO

El Ejército revolucionario y los Ejércitos realistas.

MIENTRAS la Realeza en Francia se descomponía, el Imperio se afirmaba en Alemania. Luis XVI prestaba un forzado juramento á la Constitución, entre amenazas y vociferaciones revolucionarias, el día mismo, en que Francisco de Austria celebrara su entrada imperial en Francfort con arqueológico lucimiento. Al ver la grande agitación del Campo de Marte y el contento y la paz de Francfort, cualquiera hubiera creído perdida sin remedio Francia y Alemania salvada. Sin embargo, Dios en sus designios y el progreso en su discurso lo habían decidido de otra suerte. Por aquel campo de la Federación francesa, tan ruidoso como una tempestad celeste, y tan encrespado, como una tormenta oceánica, se salvaba Francia, mientras por aquel imperio semi-asiático, tan venerado como un ídolo, y tan inmóvil como China, se perdía Germania. Las irreverencias del Campo de Marte salvaban á Francia, porque la removían á una para la vida moderna, mientras las ceremonias aparatosas y litúrgicas perdían á Germania, porque la encerraban en el sudario de los muertos. Ningún pueblo debía saber tanto como el pueblo alemán cuál poder incontrastable sobre todos los pueblos y transcendencia indecible á todos los tiempos tienen las fecundas y progresivas ideas. A la voz de un penitente, recluso en humilde monasterio, Alemania tomó la dirección religiosa y científica del mundo moderno con su cristianismo renovado y su filosofía sintética; Suiza prosperó sus grandes ciudades, Basilea, Berna, Zurik, Ginebra, Neuchatel, convirtiéndolas en focos del pensamiento progresivo nuevo; nació la República de Holanda contra todas las fuerzas del Imperio español y del Imperio austriaco reunidas;

CAPÍTULO DÉCIMO-SEXTO



se constituyó en Estado la Marca de Brandeburgo, cuyos jefes habían de reemplazar á los Austrias; Inglaterra forjó su prepotencia naval sobre todos los mares con su prepotencia colonizadora sobre todos los continentes; y allá en América nacieron los Estados-Unidos, para fundar la República del Evangelio y abrir la era del trabajo. Y, á pesar de tales revelaciones del espíritu y de tantas experiencias en el tiempo, nadie veía que los federados de París desarzonaban á los caballeros feudales de Francfort, á pesar de haberles arrancado ya, operación más dolorosa para ellos y por ellos más sentida que si les arrancaran los huesos, sus rentas y dominios feudales en Alsacia. Nadie veía lo que pasaba, creyendo eterno un poder tan histórico y secular como el poder de aquel César, con ropajes revestido y de insignias cargado, que traían al recuerdo á un mismo tiempo la Realeza tradicional y el Pontificado católico. ¡Fuerza de las ideas! El Sacro Romano Imperio estaba entonces en días de ser malherido por la Revolución francesa y destrozado. Los electores eclesiásticos se acababan de reunir; mas por la última vez y porque aquella Federación del Campo de Marte, tan despreciada y plebeya, despedía ideas sobre sus mitras con corona y las derretía. Francisco, tan ufano; en paz con Prusia, su enemiga hereditaria; en paz con Moscovia, émula y rival de Austria; en paz con Suecia y con Turquía; cuando entraba en Francfort por primera vez como Emperador y por última vez como representante de un Imperio, no sabía que acababa este Imperio, tan festejado, el Sacro Cesarismo Romano, hechura de los Carlovingios y de los Othones, cabeza de la feudalidad germánica, y no podría salvarlo, pues lo desarraigaba el sable victorioso de la revolución francesa, ni aun uniendo en matrimonio sus hijas con los soldados de esta revolución. ¡Cuáles noches las que pasaron Antonieta el catorce de Julio dentro de París y su sobrino carnal el Emperador de Alemania dentro de Francfort! En una parte amenazas de muerte y en otra parte vivas de entusiasmo; en una parte las exaltaciones al trono, en otra parte la humillación del próximo destronamiento; en una parte muchedumbres sumisas, en otra parte muchedumbres rebeladas; allí espléndidas iluminaciones, aquí siniestros relámpagos; allí bailes en los palacios, aquí conjuras en las tabernas; allí cortejos y pompas de Monarquía, estremecimientos de revolución aquí; mas en ambas partes los viejos poderes condenados; Francisco tan en vías de perder su corona cesárea como Luis su corona real, porque así lo habían dispuesto de consuno las leyes del Progreso y las providencias del Eterno. Entre los bailes de Francfort, donde ya galleaba Meternich, á quien todos los amigos del progreso padeiéramos tal número de años; entre los cortejos compuestos de soberanos teócratas y feudales; entre las procesiones nocturnas con antorchas y con músicas, marchaban los regimientos prusianos, de que su generalísimo y jefe, inmediato heredero de Federico el Grande, se ufanaba con extraordinarias ufanías, al expedirlos contra la revolución francesa, encendiendo así el ánimo de los reaccionarios, quienes no se cansaban de alabar su disciplina incontrastable, su aire marcial, su oficialidad inteligente, hasta sus uniformes

imitados por todo el mundo, como que recordaban una revolución en la táctica y una cosecha de glorias, ante las cuales no podrían tenerse de pie un minuto los desarrapados, indisciplinadísimos, inexpertos, bisoños, milicianos franceses, surgidos en los clubs anarquistas y embriagados por la revolución infernal, de aquí las salvas que resonaban en Alemania, las revistas y ejercicios parecidos á fiestas, las marchas triunfales de tantos reyes y reyecillos como allí pululaban entonces, los hurras monárquicos en contraste con los revolucionarios hurras, los banquetes y los festejos en Palacios como el Palacio de Maguncia, donde pudieron reunirse medio ciento de principes, un ciento de condes, doscientos de barones entre quienes resaltaba Brunswick, aclamado universalmente como conquistador de Francia, dando con todo esto la Monarquía un ejemplo de fuerza y de grandeza, que debía, según los reaccionarios, aterrorizar á los franceses, si los franceses no estuvieran poseídos de la más disparatada demencia. ¡Cuán bien hizo Dios ocultándonos lo porvenir, y defendiéndonos contra las anticipaciones de nuestras desgracias!

Así, después de haberso tragado los ogros del Norte á Polonia, pensaban de qué suerte desmembrarían á Francia. Catalina de Rusia les incitaba con todo género de incitaciones á requerir del Occidente fuerte compensación, para que le dejasen á ella en Oriente la mayor parte de Polonia. Pero se resistía el Rey Federico Guillermo á las compensaciones en Francia, por sugestión de su generalísimo, á quien muchos revolucionarios monárquicos ofrecían la corona francesa, en vista del imposible restablecimiento de una dinastía tan maltrecha, y de la repugnancia insuperable que á la honradez de los franceses inspiraba la traición de los Orleans. Así, no pudiendo soñar con las desmembraciones de Francia, por oponerse á ello escrúpulos fortísimos, proponían los dos aliados alemanes á su aliada rusa las anexiones al Austria de Baviera, y á Prusia de las provincias polonesas que le son limítrofes. Esto era lo más corriente, porque reunidos exterminadores tales de pueblos como Catalina, Francisco, Federico, por fuerza debían hablar de Alsacia y Lorena, de Flandes y el Palatinado, en las orillas del Rhin y de las orillas del Mossa, supuestos los repartos de territorios con que soñaban, y las victorias inmediatas que se prometían. Así, trataban del despojo de la presa mucho antes de haberla cazado: que tal confianza tenían en los afortunados éxitos de aquel ojeo. Austria se dejaría de buen grado los Países Bajos, con tal de que le diesen Baviera. Pero, ¿dónde buscar compensaciones para Prusia? Y Prusia no podía dejar de reclamarlas, en pago á su poderosa fuerza en la campaña emprendida contra una revolución, cuyo castigo interesaba de seguro más á Austria que á ninguna otra potencia monárquica. Y en esta busca de compensaciones para Prusia, los Soberanos concentraban su atención sobre los territorios flamencos adheridos á Francia, y muy fáciles de cercenar del cuerpo nacional suyo, en cuanto la revolucionaria é inquieta nación fuese vencida. Pero, como se trataba de suprimir Baviera para lo porvenir, y, para ir haciendo boca, entregar al Austria, por el pronto, los distritos de Aus-



pach y Bayreuth, los bávaros lanzaban gritos de horror, hasta calificar aquella propuesta de insolente, y decir que no les iba en tales cruzadas anti-revolucionarias el interés que le iba indudablemente al Austria. Pero, ¿cómo serenar á los dos Monarcas alemanes? Habíanse metido en la empresa contra Francia; los había metido principalmente Rusia, reconciliándose con Turquía en Oriente para tener las manos libres en Occidente; y, mientras ellos á Occidente iban, Rusia cautivaba Polonia, como los Reyes asiáticos en otro tiempo la pobre Jerusalén, y se proponía quedarse con la parte mayor, sin dar á sus aliados otra participación que los restos y los despojos de aquella pobre víctima. Así, mientras los patriotas franceses, tan desunidos, estaban todos acordes en arrancar á las uñas de los déspotas el viejo territorio y el nuevo derecho suyos, los tiranos, tan unidos, se desunían, atisbando como fieras el pedazo cruento de sus medras, y como fieras rugiendo por devorarlo y apropiárselo. Y eso que Flandes, francesa ó austriaca; Baviera, independiente ó cesárea; los provechos recortados de Polonia reclamaban, para que pudiese la distribución verificarse, una victoria sobre Francia; y la fábula enseña no debe pensarse jamás en la distribución del pellejo de un oso perseguido ú ojeado, hasta que no esté muerto el oso. Así, las demás potencias monárquico-europeas no entraban en el concierto central, aunque lo seguían todas á una con grandísimo anhelo, y deseaban su completo triunfo, no sólo por su amor á los Reyes Franceses, por amor á las propias coronas, muy amenazadas de caerseles desde las sienas del abismo, en aquel deshecho rafagueo de los vientos revolucionarios. Como en Austria reinaba un sobrino carnal de Antonieta, en las Dos Sicilias reinaba una hermana, la infame y monstruosa Carolina. Este reino de Nápoles contentísimo y satisfecho estaba con España, pues regido desde la centuria décimatercia, con varias alternativas, por nosotros, no se había de nuestra España dividido, como el consustancial á nosotros, como el independiente Portugal. Nos lo separó, separó el reino de Nápoles y Sicilia, una infamia de Isabel Farnesio y una debilidad de Felipe V; pues ella italiana y él francés, ninguno de los dos, por extranjeros, querían de corazón á esta nuestra patria, donde reinaban. La idea terrible de que los reinos son patrimonio de los Monarcas, idea traída de allende por Sancho *el Mayor* á Navarra, y generadora de los fraccionadísimos Estados peninsulares, perseveró hasta el siglo pasado; y para que los hijos del segundo matrimonio de Felipe V, engendrados en Isabel Farnesio, fueran Reyes, se dividió la corona siciliana de la corona española, y se constituyó un reino aparte allí, de que invistieran al buen Carlos, que luego reinó en España, y dejó á un hijuelo suyo el cetro que arbitrariamente le regalara su madre. Así, hubo un vástago borbónico de Rey directo en la Monarquía napolitana. Y con un Rey de Nápoles casó á su Carolina Maria Teresa, como había casado su Antonieta con un Rey de Francia, cual si en previsión de lo que debía suceder, y en apercebimiento del daño cierto y próximo, quisiese reunir las dos dinastías mayores de la Europa moderna, para que conjurasen unidas la revolución. Pero

Carolina revolvió los gobiernos y los Príncipes y los Reyes peninsulares á favor de sus hermanos los Monarcas franceses, y nada pudo conseguir sino votos estériles y platónicas promesas.

El imbécil Rey de Nápoles quiso concertar una liga italiana contra Francia. No conozco idea más desatentada que semejante idea del necio Borbón. Italia es la nación más republicana de todo el continente, sin exceptuar á Grecia. Y lo es, porque Italia cuenta con tradiciones de República tan seculares y tan gloriosas como no las tuvo jamás ningún otro pueblo. Las ciudades libres que son excepciones en Alemania, en Italia son el fundamento y base de la común patria. Pudo exceder, y excedió en mérito la República helena en los clásicos tiempos á la República romana; pero las Repúblicas medioevales de Italia eclipsan á todos los Municipios del mundo. Y así, ni Grecia compete con Italia en historia republicana, porque mientras sobre el suelo itálico brillaban las instituciones democráticas, sobre el suelo heleno se levantaban dos imperios con alternativas diversas el imperio bizantino, y desde la centuria última de los tiempos medios hasta nuestra centuria el imperio turco. Las monarquías italianas representan la conquista ó la tutela de Italia. Por eso, no hubo dinastía en aquel sacro territorio que dejase de recordar una extraña tutela. Pusimos, por la conquista de los aragoneses, una familia francesa en el Mediodía; pusimos, por las victorias de Carlos V, una dinastía hapsburga en Parma, y otra Médicis en Florencia; mientras que los Viscontis de Milán eran protegidos de Francia, y protegidos de España los Reyes del Piamonte. Sólo éstos, los Saboyas, ardían, por el tiempo que historiamos, en anhelos de romper con Francia y castigarla, invadiendo la frontera sudeste. Mas á tal obra se movían, por tener territorios propios enclavados en un territorio francés, y así considerar la revolución francesa como una revolución interior. Pero ni Venecia, ni Génova se resolvían por la guerra. En todas partes latía un entusiasmo fervoroso por la revolución entre los artistas, entre los sabios, entre los pensadores, entre los poetas, que tanto abundan por Italia. El más amenazado, el Rey de Saboya, era también el más comprometido. Pero sus compromisos no podían cumplirse de ninguna manera sin extraño auxilio. Pobre, muy pobre, carecía su diminuto reino de recursos propios. Y durante todo este período pedía hombres y dinero. «Que me mande quince mil soldados el Emperador Víctor Amadeo, exclamaba con grandes encarecimientos al embajador austriaco, y yo solo invado á Francia». Pero en dimes y diretes andaba con los coligados sobre auxilios para el combate que recibir y compensaciones después del triunfo que allegar. Los más cercanos á la dinastía francesa, entre todos sus afines, eran los Monarcas españoles, quienes llevaran sus sentimientos de familia y sus actos dinásticos al extremo de firmar alianzas con los Borbones franceses, las cuales condujéronles hasta sostener una guerra perdurable con la Gran Bretaña, é intentar una operación, de suyo tan arriesgada, como el amparo y protección á la independencia de América. Enciclopedista, liberal, de antiguas propensiones